

Problemas de comportamiento en el perro

EL MIEDO

Por: ANTONIO RUIZ DE CONEJO, adiestrador canino. Director de Conduct Can



El comportamiento global de un perro es el resultado de cómo las experiencias que vive inciden sobre unas aptitudes heredadas.

De entre las muchas patologías del comportamiento que pueden presentar los perros, el miedo es la más frecuente en la actualidad.

Son muchos los animales que atiendo porque son inseguros o miedosos, y muchos de ellos coinciden en que sus dueños hacen una lectura equivocada del comportamiento del can; analizan por separado los síntomas (ladridos ante la presencia de un extraño, mordiscos a los desconocidos, persecuciones a ciclistas o a niños que corren, la no aceptación de caricias de otras personas...), sin llegar a acertar en el diagnóstico (el miedo).

Podríamos definir el miedo como la interpretación equivocada de un estímulo que no entraña riesgo alguno, como si fuera una amenaza para la propia integridad física. Un ejemplo claro son los perros jóvenes que se asustan ante los primeros paraguas que ven abrirse inesperadamente; la acción de abrir un paraguas no entraña peligro alguno para ellos, pero prefieren "ponerse en guardia" y ladrar "a ese enemigo tan raro" para avisarle de lo que le puede pasar. Simplemente, por falta de experiencia, han interpretado equivocadamente la situación.

Precisamente por eso, el perro asustadizo es el que verdaderamente entraña un peligro; su comportamiento obedece a la percepción personal que tiene de las diferentes situaciones que vive. Y esa percepción seguramente no coincidirá con la que tenemos los que le rodeamos. Un perro miedoso puede reaccionar de manera inesperada ante una situación para nosotros de lo más normal, si la interpreta como una situación de peligro para él.

El miedo puede estar presente en el perro por herencia (el ejemplo más típico es la intolerancia a los petardos) o bien por un aprendizaje (un cachorro al que le explota un petardo cerca). Creo importante decir aquí que considero miedo aprendido tanto el que se produce como resultado de un mal aprendizaje como el que se produce precisamente por la ausencia de aprendizaje (el animal que se atemoriza ante un estímulo que nunca antes ha visto).

El comportamiento global de un perro es el resultado de cómo las expe-



El miedo puede definirse como la interpretación equivocada de un estímulo que no entraña riesgo alguno.

riencias que vive inciden sobre unas aptitudes heredadas. Todos los animales son al nacer como una plastilina virgen con unas características propias (la herencia genética) que se irá modelando con el paso del tiempo, dependiendo de las vivencias propias (aprendizaje).

Creo no equivocarme si afirmo que el resultado final depende en mucha mayor medida del modelado que no de la calidad del material; es decir, mientras que un material defectuoso que tenga un modelado correcto dará buenos resultados, el modelado erróneo del mejor de los materiales resultará un fiasco (el mejor cachorro de un linaje de perros de caza extraordinarios no llegará nunca a cazar, si no ponemos a la práctica su predisposición genética para la caza, mientras que un perro de caza "del montón" adiestrado correctamente llegará a desarrollar un buen trabajo).

Estoy convencido al afirmar que la incidencia del miedo hereditario es mínima, y me atrevería a decir que, en más del noventa por ciento de los ca-

« Ante la evidencia de un perro que "sufre" miedo, llegamos tarde a modificar su mapa genético »

sos, los perros que sufren miedo se deben a "defectos de modelado", es decir, a defectos de aprendizaje. Este altísimo porcentaje de animales con comportamientos inadaptados (los que desarrollan para "protegerse" de sus miedos) pueden corregirse mediante una educación correcta.

Sea como fuere, ante la evidencia de un perro que "sufre" miedo, está claro que llegamos tarde a modificar su mapa genético; seguramente tampoco seamos capaces de predecir las situaciones que le va a tocar afrontar con la suficiente antelación como para protegerle o alentarle ante ellas.

Pero lo que siempre podemos hacer es de terapeutas ante esa patología, o

lo que es lo mismo, ayudar al animal a afrontar y superar satisfactoriamente el miedo. Por descontado, no hay mejor terapeuta que los dueños del animal, pues es con ellos con quienes comparte la mayor parte del tiempo y, por tanto, es con ellos con quienes vivirá la mayoría de experiencias (le produzcan miedo o no). Una vez más, por tanto, son los dueños quienes deben aprender primero cuál debe ser la manera correcta de actuar.

Antes de ponerse manos a la obra, hay que tener presente que las reacciones de un perro inseguro pueden deberse a dos motivos muy diferentes.

El primero es una respuesta directa a una situación crítica, queriendo evitarla (huida) o bien enfrentarse a ella (ataque por defensa). Mientras que, en la primera opción el miedo es evidente, en la segunda muchos dueños califican al can de agresivo, cuando, en realidad, es igualmente miedoso, aunque sí responde con agresividad.

En segundo lugar, puede ser que el perro se comporte de una u otra forma debido a un mecanismo de compensa-



Tras alcanzar un nivel de relación de confianza mutua entre el perro y su guía, es el momento de atacar directamente el problema del miedo.

ción de su propio cerebro. Voy a intentar explicarlo.

Evidentemente, el miedo es una fuente de conflicto para el yo profundo del animal que lo sufre, y, si se permitiera que ese conflicto fuera en aumento sin control alguno, el equilibrio psíquico se vería seriamente comprometido, pudiendo llegar a desestabilizar por completo la personalidad del individuo (el caso extremo sería el "morirse de miedo").

Para que eso no ocurra, el cerebro desarrolla, de manera inconsciente, toda una serie de estrategias compensatorias por las que el animal se comporta de una manera determinada con el simple objetivo de minimizar los efectos desestabilizadores de ese conflicto que sufre. De alguna manera, podríamos decir que es un pequeño "auto-engaño" que el propio perro lleva a cabo

para ganar, aparentemente (en el sentido literal de la palabra), una seguridad que realmente no tiene.

Es típico el ejemplo del perro que, estando suelto, parece impasible ante un montón de situaciones, mientras que, si permanece atado, ladra incansablemente a un buen número de estímulos; estando solo, el miedo se apodera de él y prefiere "pasar desapercibido", mientras que, con la correa, parece decir "tienes suerte de que me cojan, de lo contrario te daría tu merecido".

Como siempre, es conveniente saber por qué el animal reacciona de una manera determinada (si es como respuesta directa al estímulo que le produce temor o si se debe a un mecanismo de compensación). Si conocemos bien sobre qué queremos incidir, actuaremos con mayor certeza y seguridad. Pero lo realmente importante es

convencerle de que su comportamiento no es el correcto.

Si le obligamos a abandonar sus respuestas impulsivas, a la vez que infundimos en él serenidad, quizá consigamos que vea, por un momento, aquello que le produce miedo. Seguro que lo había mirado, pero difícilmente hasta el momento había tenido la tranquilidad suficiente para observarlo. A lo mejor entonces descubra que el miedo no se lo produce lo que tiene delante, sino que, hasta ahora, existía sólo en su imaginación.

¿CUÁL ES EL CAMINO A SEGUIR PARA CORREGIR EL MIEDO DE UN PERRO?

Evidentemente, como pasa siempre en los problemas de comportamiento, hay diferentes contestaciones válidas para esta cuestión. O, dicho de otro modo, no hay una única respuesta que sea "la solución". La que expondré a continuación es la sistemática que yo utilizo para resolver casos de perros con miedo, pero debe quedar claro que hay otras vías válidas y que, por encima de todo, la personalidad del animal, la de sus dueños y el entorno que les rodea, nos dirán cuál es la solución más adecuada.

Previamente, es conveniente saber que, muy a grandes rasgos, sea cual sea la terapia o el objetivo que se persigue, podríamos decir que son dos las líneas de adiestramiento que se pueden seguir con un animal: trabajo por motivación y por obligación.

El trabajo por motivación es el más utilizado con animales que tienen tendencia natural a realizar el ejercicio que se les pide, y consiste básicamente en el condicionamiento por recompensa; es decir, potenciar las conductas adecuadas incentivándolas y premiándolas con diferentes estímulos apetitivos, como pueden ser las caricias, el juego o la comida.

En el trabajo por obligación, las respuestas del animal se condicionan mediante la presentación de estímulos aversivos, con la finalidad de suprimir una conducta no deseada.

En general, los resultados del trabajo por obligación suelen ser más rápidos y fiables que los conseguidos por

motivación (puesto que no dependen de la predisposición al trabajo del sujeto en cada momento), pero la educación equilibrada es la que resulta de la combinación de ambos sistemas.

Mi planteamiento ante un perro que sufre miedo es eliminar esa sensación sustituyéndola por otras nuevas. El primer paso es centrar un poco al perro y ganar su confianza para que nos permita ayudarlo. Consiste en marcarle una serie de ejercicios de obediencia que le permitan adquirir tranquilidad y autoconfianza. Al igual que pasa con nosotros, alcanzar una serie de objetivos marcados (sentarse, caminar al lado, permanecer quieto con su guía en mayor o menor lejanía...) produce en el can una cierta serenidad. Además, la atención que presta a los estímulos que le provocan miedo empieza a centrarse ahora en el trabajo; debemos conseguir que el nivel de obediencia sea bueno combinando la obligación necesaria para ello con una buena dosis

« Nuestra actuación debe desarrollarse siempre con plena seguridad »

de motivación que le permita relajarse y disfrutar de sus logros. Hay que llevarle a tener ganas de trabajar, de superarse y de aprender nuevos ejercicios que le permitan "olvidarse" cada vez más de sus fobias.

Vale la pena destacar que nuestra actuación debe desarrollarse siempre con plena seguridad, de manera que el perro pueda alimentarse de ella; siempre pongo el ejemplo de esa etapa que pasan la mayoría de los niños en la que dicen "mi papá es muy fuerte" y eso les da la seguridad para atreverse a ser cada vez más autónomos.

Habiendo alcanzado un nivel de relación de confianza mutua entre el perro y su guía, es el momento de atacar directamente el problema que nos ocupa: el miedo.

Con un perro con miedo de intensidad baja, soy más partidario de la motivación que de la obligación (repito que siempre deben combinarse ambas; simplemente varía la intensidad de uno u otro sistema, predominando en el conjunto). Si el animal es colaborador, se puede utilizar una *desensibilización progresiva*: se logra suprimir el miedo paulatinamente con técnicas de aproximación al foco fóbico emparejando éste con un estímulo positivo para el individuo, de manera que sea capaz de inhibir la sensación de miedo. El temor va diluyéndose a medida que los elementos que lo motivaban van transformándose en cotidianos para el can.

Un ejemplo sería la fobia al tránsito; a medida que el perro mejora, el trabajo (los ejercicios y, sobre todo, el



Cuanto mayor es la sensación de miedo, mayor es el nivel de obligación que se le debe imponer.

juego que premia la sesión de obediencia) se desarrollaría cada vez más lejos de la tranquilidad del centro de un parque y más cerca de los lindes de éste con una vía transitada.

Paralelamente a la intensidad del miedo, aumenta la oposición del animal a superarlo; si la sensación que llega a sentir el perro es de terror, sólo pensará en la huida como única respuesta, resultando entonces una ardua tarea convencerle para enfrentarse a las situaciones que le superan. Por tanto, cuanto mayor es la sensación de miedo, mayor es el nivel de obligación que se le debe imponer. Me parece importante resaltar que, cuanto más extremo sea el caso que nos ocupe, más hermético tiene que ser el paso inicial de centrar al animal a través de ejercicios de obediencia; cuanto más férrea sea la disciplina mejor podremos conducirlo hacia situaciones que para nada quiere afrontar.

El sistema más puro de extinción del miedo por obligación es un *método por inundación*, en el que se fuerza al individuo a permanecer durante

las claves que provocan su temor. Es importante que las sesiones se lleven a cabo de forma tranquila y sin crear situaciones anexas o ajenas al miedo producido por el foco fóbico. La intención es que el animal quede saciado de estímulo, tratando de conseguir que la fuerza del hábito reduzca la ansiedad. Para ello puede ser necesario repetir el trabajo cada día varias veces. Aunque se le obliga a hacer algo que no quiere, es importantísimo que el perro encuentre apoyo y aliento en todo momento en su guía. Esta técnica, que en un principio puede parecer contraproducente, ha dado excelentes resultados.

Un ejemplo claro sería la fobia al agua; se debe introducir al perro en ella y hacerle permanecer durante un largo periodo de tiempo, evitando situaciones de pánico como ahogos, tragar agua o absorberla por las fosas nasales. La sesión finaliza al menor síntoma de que la lucha desesperada del animal por salir de allí disminuye. Quizá entonces su cabeza empiece a buscar otra solución. Si en los prime-

ros días asume que no hay más remedio que sobrellevar la situación lo mejor posible, en poco tiempo reconocerá que sí hay motivo para la prudencia, pero no para el miedo.

Insisto de nuevo que, antes de empezar cualquier tipo de terapia, sea ésta de la índole que sea, es muy importante saber que el miedo es fóbico y no congénito, es decir, que es producto de una situación aprendida y no de una hipersensibilidad temperamental heredada que favorece la aparición del miedo ante el estímulo más simple.

En los perros llamados miedosos de nacimiento, el miedo es prácticamente imposible de suprimir y tan sólo se podrán conseguir logros hacia determinados objetos y situaciones. Afortunadamente, como comenté al inicio de este artículo, la incidencia de estos casos es mínima si la comparamos con la de los animales cuyo miedo es resultado de un aprendizaje. Estos últimos, la gran mayoría de entre los perros con miedo, sí pueden corregirse mediante una educación correcta. ■